BX2186
P8

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCION DE LA ORACION MENTAL

CERCA DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

Las meditaciones de la pasion son muy provechosas para cualquier suerte de personas.

AUNQUE las meditaciones de los misterios de la pasion de Cristo nuestro Señor pertenecen á la vía iluminativa, especialmente á lo supremo de ella, que confina con la vía unitiva, con todo eso son muy provechosas para cualquier suerte de personas, por cualquier vía que caminen y en cualquier grado de perfeccion que vivan (1), porque los pecadores hallarán en ella motivos eficacísimos para purificarse de sus pecados; los principiantes, para mortificar sus pasiones; los que aprovechan, para crecer en todo género de virtudes, y los perfectos, para alcanzar la union con Dios por el ferviente amor. Por lo cual dice San Bernardo, que la pasion de Cristo, hasta el dia de hoy, hace temblar la tierra, quebranta las piedras, abre los sepulcros y

(1) D. Bonav., in stimulo divini amoris, capi 1.

011743

parte por medio el velo del templo, rasgándole de alto á bajo (1), porque los que debidamente la meditan, si son tierra por la culpa y aficion á cosas terrenas, tiemblan con el santo temor de Dios y de la justicia rigurosa que hace en su Hijo, moviéndose con esto á dejar su terrestridad. Si son piedras, por la dureza de corazon, se enternecen y desmenuzan por la grandeza del dolor, así de sus pecados, como de las penas que Cristo padece por ellos; y si son sepulcros cerrados, con la vergüenza de manifestar sus culpas, se abren por la confesion, para lanzar de sí la muerte y resucitar á nueva vida. Y finalmente, para todos se rompe el velo que ponia division entre Dios y nosotros, para que podamos, como dice San Pablo, contemplar más al descubierto la gloria del Señor y el abismo de los celestiales secretos (2). Y no sin causa se partió el velo de alto á bajo, para significar, que por medio de Cristo crucificado podemos contemplar la alteza de la divinidad y de sus soberanas perfecciones, y tambien la profundidad de la humanidad y de sus esclarecidas virtudes. De suerte, que los pecadores que como erizos están espinados con sus culpas hallarán entrada en las aberturas de esta divina piedra, y meditando con dolor en ellas, quedarán libres de sus espinas (3). Los más puros y sencillos, como palomas (4) podrán volar más alto; haciendo sus nidos y moradas en los agujeros de esta piedra (5), y en las hendiduras de esta pared, quedarán con mayor pureza y hermosura. Y los perfectos, que como ciervos suben á los montes altos (6),

(1) Matth. XXVII, 51-52. — (2) II Cor. III, 18. — (3) Ps. CIII, 18.
(4) Ibid. LIV, 7. — (5) Cant. II, 14. — (6) Ps. CIII, 18.

meditando en Cristo levantado de la tierra (1), serán traidos con gran fuerza, para tener su conversacion en el cielo (2). Y todos, como dice San Bernardo (3), podrán chupar miel de esta piedra y aceite de este durísimo peñasco (4); el cual habiendo sido duro en sufrir injurias, y más duro en sufrir azotes, y durísimo en sufrir los tormentos de la cruz, es para nosotros fuente de aceite y miel, sanando nuestras llagas, ablandando nuestras durezas, confortando nuestras flaquezas y regalando nuestras almas con la suavidad de sus divinas consolaciones. Y á esta causa con mucha razon decia Alberto Magno, que la sencilla memoria y devota meditacion de la pasion de Cristo, aprovecha más al hombre, que ayunar un año entero á pan y agua, y que disciplinarse cada dia hasta derramar sangre, y que rezar cada dia todo el salterio (5); porque estos ejercicios, aunque son buenos y muy provechosos, pero como son obras exteriores, si se toman á solas, no son tan poderosos para purificar el corazon de vicios é ilustrarle con verdades y virtudes, y perfeccionarle con los afectos encendidos del divino amor, como lo es la meditacion atenta y profunda de la pasion de Cristo nuestro Señor, la cual causa todo esto, dando tambien espíritu y vida á las penitencias y obras exteriores, y moviendo con eficacia al ejercicio fervoroso de ellas.

(1) Ioan. XII, 32. — (2) Philip. III, 20.
(3) Serm. II, de Pent. — (4) Deut. XXXII, 13.
(5) *Vide Rosetum spirit, exercitior*, tit. 22, cap. I.

§ I

Del fin que se ha de tener en meditar la pasion.

Son diferentes los fines particulares que se deben tener en meditarla. La pasion es motivo de gozo, en cuanto es sumo beneficio de Dios: de compasion y tristeza, en cuanto fué penosa á Jesucristo y ocasionada de nuestros pecados. Cristo bebió el cáliz de la pasion corporal y espiritualmente: así tambien nosotros hemos de beber el cáliz de su pasion: 1. Espiritualmente.—2. Corporalmente.—3. Imitando sus virtudes. Y estos son los fines que nos hemos de proponer en estas meditaciones.

De este principio que se ha puesto, consta claramente, que como son diferentes las personas que meditan la pasion de Cristo nuestro Señor, así son diferentes los fines particulares que deben tener en meditarla, pretendiendo cada una aquel afecto y fruto espiritual, que es conforme al estado de su alma y al camino por donde camina; es á saber, ó purificarse de culpas y aficiones desordenadas, ó adornarse con heróicas virtudes, ó unirse á Dios con fervorosos afectos de caridad, tomando por medio para todo esto el afecto de la compasion que abre camino para los demás.

Para lo cual se ha de presuponer, que la pasion de Cristo, como dice San Lorenzo Justiniano, puede ser motivo de gozo y motivo de tristeza, porque se puede considerar en dos maneras. La una es, en cuanto es sumo beneficio de Dios. *En el cual se descubre el abismo de la divina misericordia, ábrese la puerta del cielo, manifiéstase la anchura inmensa de la*

caridad, y declárase la estima que Dios tiene del hombre; pues no puede ser cosa vil, la que con la sangre del Hijo de Dios se compra (1). De esta manera la meditacion de la pasion mueve afectos de gozo y alegría (2), como se alegró Abrahan, cuando en figura del sacrificio que ofreció del carnero en lugar de su hijo Isaac (3), vió la muerte de Jesucristo, gozándose de los grandes bienes que por ella vendrian á todo el mundo. Y el mismo Cristo nuestro Señor se alegraba por esta causa con la memoria de su pasion: y en el libro de los *Cantares*, á este dia, en que su madre la sinagoga le coronó con corona de espinas, llama dia de su desposorio y de la alegría de su corazon (4); y así entró en Jerusalen con grandes señales de regocijo para recibir esta corona, y celebrar en el tálamo de la cruz el desposorio con la Iglesia. Este modo de meditacion es más propio de los que están en la vía unitiva, considerando la pasion como los demás beneficios divinos.

La otra manera de meditar la pasion, de que ahora principalmente se ha de tratar, es en cuanto fué amarga y muy penosa á Jesucristo nuestro Señor, y en cuanto fué ocasionada de nuestros pecados y fué dechado de todas las virtudes, especialmente las que resplandecen en medio de grandes trabajos; y de esta manera nos mueve á tristeza y compasion del Señor, que tanto padeció por nosotros; y el mismo Cristo se entristecia con su memoria, y es razon que todos nos entristezcamos con él, porque no diga de nosotros aquello del Salmo 68: *Miré si alguno se entristecia conmigo, y no*

(1) D. Laur. Iust. de triumph. agone Christi, cap. XX.
(2) D. Chrys. hom. 54, in Ioan. — (3) Ioan. VIII, 56.
(4) Cant. III, 11.

le hubo; busqué quien me consolase, y no le hallé (1).

Mas para que se entienda cuál ha de ser esta compasion, y á qué fines se ha de ordenar, advierto, que Cristo nuestro Señor en dos maneras bebió el cáliz amargo de su pasion. La una, fué corporalmente por mano de los ministros y sayones, cuando fué preso, azotado, coronado de espinas y crucificado. La otra, fué espiritualmente por la memoria y viva representacion é imaginacion de los mismos trabajos, y de la causa de ellos, que fueron nuestros pecados. De ambas hizo mencion su Majestad, hablando con los hijos del Zebedeo, como en su lugar se dijo; porque San Mateo refiere, que les dijo: *¿Podreis beber el cáliz que yo tengo de beber?* (2). Donde habla de la bebida corporal que estaba por venir. Y San Márcos refiere, que les dijo: *¿Podreis beber el cáliz que yo bebo, y ser bautizados con el bautismo que yo soy bautizado?* (3). Donde tambien declara la bebida espiritual que continuamente cada dia bebia, aunque con mayor amargura la bebió en el huerto de Getsemaní, á donde con el sentimiento interior fué espiritualmente azotado, espinado y crucificado: y en ambos modos de beber el cáliz resplandecieron excelentísimas virtudes, como despues veremos.

De aquí se siguen los fines que hemos de tener en estas meditaciones, y los provechos que de ellas hemos de sacar; los cuales se reducen á unirnos, transformarnos y conformarnos con Cristo afligido y atormentado en las dos maneras dichas, bebiendo tambien á nuestro modo el cáliz de su pasion en ambas formas.

(1) Ps. LXVIII, 21. — (2) Matth. XX, 22. — (3) Marc. X, 38.

1. Lo primero, procurando en la meditacion sentir, como dice San Pablo, en nosotros lo que sintió Cristo (1), con los afectos de compasion, dolor y tristeza, de modo que quedemos transformados en Cristo, triste y afligido por nosotros, espiritualmente crucificados con él, de la manera que la Vírgen Santísima sintió los dolores de su Hijo; por razon de lo cual dijo de ella Simeon, que traspasaria su ánima el cuchillo, no corporal, sino espiritual, de compasion y dolor (2). Este modo de sentimiento de la pasion de Cristo, es don especial del mismo Señor, el cual da ojos para ver sus trabajos y para llorarlos. Por lo cual dijo por Zacarías, *que derramaria sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalen espíritu de gracia y de oracion;* y que *mirarian al que enclavaron, y llorarian con gran llanto, como se suele llorar la muerte del unigénito* (3): y aunque esto se suele declarar de otra vista y otro llanto que habrá el dia del juicio en los judíos incrédulos; pero tambien se puede entender de los que reciben de Dios el espíritu de oracion, y en su virtud, con ojos de viva fe, miran al que ellos con sus pecados crucificaron (4), llorando su muerte amargamente. De aquí consta el desórden de algunos que van á meditar la pasion, y desean en ella lágrimas y ternuras, principalmente por su propio consuelo y gusto, que aunque parece espiritual, pero, como dice San Buenaventura, es de amor propio y muy desordenado, pues es gran desórden pretender dulzuras en las amarguras de Cristo, y querer consuelos, meditando sus desconsuelos (5), los cuales no se han de

(1) Philip. II, 5. — (2) Luc. II, 35. — (3) Zach. XII, 10.
(4) Hebr. VI, 6. — (5) In stimul. div. amor.

meditar, sino para sentirlos y tener parte en ellos; aunque es tanta la bondad de este Señor, que el mismo desconsolarnos con él, es modo de consuelo y no pequeño.

2. El segundo fin que hemos de pretender en estas meditaciones, es beber tambien el cáliz de la pasion corporalmente, conformándonos con Cristo nuestro Señor en el mismo padecer, sacando ánimo y esfuerzo para esto, y propósitos de esto muy eficaces, tomando algunas cosas penosas de nuestra voluntad, como es ayunos, disciplinas y otras mortificaciones voluntarias; ó sufriendo con paciencia y alegría las que Dios nos enviare ó permitiere, creyendo que, como dice San Pablo, tambien es don de Dios este modo de padecer por Cristo, como el compadecerse de Cristo (1). Y así á imitacion del mismo Apóstol hemos de procurar, cuando meditamos la pasion, traer siempre en nuestro cuerpo la mortificacion de Cristo (2) y las señales de Jesus, que son las llagas (3) y penalidades que afligen nuestra carne como afligieron la suya. De suerte, que de ambas maneras pueda decir cada uno: *Con Cristo estoy enclavado en la cruz* (4), así por la compasion, como por la imitacion en el padecer por él, como él padeció por mí.

3. De aquí se sigue el tercer fin principal de aquestas meditaciones, que es conformarnos con Cristo en las heróicas virtudes que ejercitó, bebiendo su cáliz, así espiritualmente, como corporalmente; es á saber, en el amor de Dios y de los hombres, en el celo de la salvacion de las almas, en la pureza

(1) Philip. I, 28-29. — (2) II Cor. IV, 10.
(3) Gal. VI, 17. — (4) Ibid. II, 19.

de intencion y en el afecto de obediencia, humildad, paciencia y pobreza, y en las obras exteriores de estas y otras virtudes; y en especial en el desprecio de las cosas terrenas y en la mortificacion de las aficiones que puede haber en procurarlas ó retenerlas. De modo, que armados, como dice San Pedro, con el pensamiento de lo que Cristo padeció, en todo nos parezcamos á él (1), y la meditacion de su pasion nos sirva de un arnés trenzado, fuerte, lucido y hermoso, que nos arme y cubra de piés á cabeza, y nos haga espantables á los demonios, terribles á la carne, admirables al mundo, agradables á los ángeles y amables á Dios.

§ II

De las disposiciones que se han de procurar para meditar la pasion

Cuatro son las virtudes que segun San Buenaventura disponen grandemente para meditar con provecho la sagrada pasion: 1. Humildad. — 2. Confianza. — 3. Diligencia. — 4. Limpieza de corazon.

Para alcanzar estos fines que se pretenden con la meditacion de la pasion, es importante aparejarnos lo mejor que nos fuere posible para ella; porque aunque es necesario, como dice el Espíritu Santo, *aparejar el alma ántes de toda oracion, y no ir á ella, como quien tienta á Dios* (2), esperando la oracion del cielo sin aparejo; pero en especial es más importante para la oracion y meditacion que tiene por

(1) I Petr. IV, 1. — (2) Eccli. XVIII, 23.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

materia los dolores y trabajos de Cristo nuestro Señor, para los cuales él se aparejó con grande amor, y quiere que sean pesados y meditados con mucho fervor.

Y así puedo imaginar, que me dice aquello de Jeremías: *Acuérdate de mi pobreza y trabajo, de mi amargura y de mi hiel* (1); y que yo le respondo: *Con memoria me acordaré, y mi ánima se secará en mí, y repitiendo esto en mi corazon esperaré en él* (2), que es decir: acordaréme muy en particular, y con grande fervor de tus trabajos y aflicciones, sintiéndolas tan tiernamente, que mi ánima se seque por la grandeza de la tristeza y dolor; y no contento con pensar una vez todas sus penas, las repetiré muchas veces con grande atencion y afecto, sacando de ellas grande confianza.

Las disposiciones convenientes, para meditar con provecho estos misterios, declaró brevemente San Buenaventura, diciendo: *Debe el hombre acometer esta obra tan noble, humilde y confiadamente, instantemente y con cuanta limpieza de corazon pudiere* (3). Donde pone cuatro principales virtudes que disponen grandemente para recibir de Dios los dones y gracias que suele comunicar á los que se ejercitan en estas meditaciones.

1. La primera es, humildad de corazon, entrando en la meditacion con vergüenza y confusion de sus culpas no sólo por la razon general, de que el justo en el principio de la oracion se acusa á sí mismo (4), sino en especial, porque con sus pecados es causa de los tormentos de Cristo, á quien está mirando y

(1) Thren. III, 19, iuxt. LXX. — (2) Ibid. 20-21.
(3) In stimul. div. amor., cap. II, par. I.—(4) Prov. XVIII, iuxt. LXX.

contemplando; á la manera que si un padre estuviese preso en la cárcel, aherrojado en un calabozo, con grillos y cadenas entre ladrones, padeciendo graves dolores y deshonras, no por sus propias culpas, sino por las de su hijo: si el tal hijo entrase á visitarle, sin duda entraria con una humilde vergüenza y confusion de sí mismo, por haber sido causa de aquellos tormentos á su padre. Y á esta humildad pertenece cubrirse de luto, esto es, de humildad exterior en el vestido y traje, especialmente cuando se celebra la memoria de la pasion ó se medita muy de propósito; pues quien va á visitar al afligido, no ha de ir con ropas de fiesta, sino de llanto, conformándose con el atribulado, como lo hicieron los amigos de Job cuando le vieron llagado (1) y tendido en un muladar (2). Tambien pertenece á la humildad, subiéndola de punto, reconocerse por indigno de asistir á estos misterios y tener sentimiento de ellos, creyendo que esto es favor especial que hace Dios á sus amigos muy queridos, como lo fué dar parte á tres apóstoles de su tristeza en el huerto (3), y querer que su Madre, San Juan y la Magdalena asistiesen en el monte Calvario. Y esta gracia no se da sino á los humildes, porque los soberbios, como se dice en el libro de Job, no se atreven (4), esto es, no les es concedido contemplar á Dios, segun las grandezas de su divinidad, ni tienen espíritu para contemplarle, segun las bajezas de su humanidad (5).

2. La segunda disposicion, es confianza grande en la misericordia de Cristo nuestro Señor, que

(1) Iob. II, 7.—(2) Ibid. 8.—(3) Matth. XXVI, 38.
(4) Iob. XXXVII, 24.—(5) D. Greg. 27, moral. cap. 27.

pues se dignó padecer tanto por nosotros, tambien se dignará concedernos que nos compadezcamos con él, de modo, que de la meditacion de sus trabajos saquemos el provecho para que ellos se ordenaron; y así juntando la humildad con la confianza, he de pedirle esta gracia, alegándole tres títulos. El primero, la misma pasion que padece. El segundo, la compasion que allí tuvo de los pecadores, haciéndose su abogado y orando por ellos, para que fuesen capaces del fruto de su pasion. El tercero, la liberalidad que usó con uno de ellos, esto es, con el buen ladron; el cual con humildad y confianza le pidió se acordase de él en su reino, y alcanzó más de lo que pedia, como en su lugar veremos. Pero yo, dice San Lorenzo Justiniano, despues que me hubiere confesado por pecador como el ladron, hablaré á mi Señor colgado en la cruz, y le diré con humildad y confianza: Señor, acuérdate de mí, no sólo para que vaya á tu reino (1), *sino para que me compadezca de tus dolores y participe de tu pasion* (2); porque bien sé que si tengo parte contigo en padecer, la tendré tambien en reinar (3). Con estos títulos hemos de ensanchar la confianza en Cristo, la cual, como dice San Bernardo, cuanto es mayor, tanto nos hace más capaces de los divinos dones, estando el vaso del corazon con la humildad vacío de sí mismo para recibirlos (4).

3. La tercera disposicion, es gran fervor y diligencia en esta obra de la oracion; porque seria cosa vergonzosa pensar con tibieza lo que Cristo padeció con tanto fervor. Este se ha de mostrar en que

(1) Luc. XXIII, 42. — (2) Serm. de passion.
(3) Rom. VIII, 17, II Tim. II, 12. — (4) Serm. 32 in Cant.

la meditacion sea muy atenta, profunda y devota, sacudiendo de la memoria las vagueaciones; del entendimiento, la torpeza en los discursos para ahondar en los misterios, y de la voluntad, la frialdad en los afectos, procurando que sean muy fervientes, como los de Cristo nuestro Señor, haciendo una generosa determinacion de acompañarle, no durmiendo, como los tres apóstoles en el huerto, sino velando como él velaba, y orando con la agonía, instancia y perseverancia que él oraba, gastando en esto algunas horas, como él las gastaba.

4. La cuarta disposicion, es limpieza de corazon, procurando purificarle y conservarle limpio de culpas, para que entrando limpio en la oracion, esté con grande confianza, sin remordimiento, y bien dispuesto para recibir los dones de Dios y los frutos de su preciosa sangre; porque ningun hombre cuerdo quiere echar un licor precioso en vaso muy sucio. Por tanto dice San Bernardo, pues la bendicion es muy copiosa, aparejad para recibirla vasos limpios, almas devotas, espíritus vigilantes, afectos bien regidos y conciencias puras, en quien se derramen tantas gracias como aquí se comunican (1). Estas son las disposiciones que se han de llevar para meditar estos misterios. Mas quien se hallare falto de ellas, no por eso deje la meditacion, porque ella misma encenderá el deseo de ellas, como tambien mueve á otras virtudes que luego diremos.

1) Serm. in fer. 4 hebd. poenos.

§ III

De varios modos de meditar la pasion.

Otros dos modos de meditar la pasion: 1. Tomando cada misterio por sí, considerar seis cosas, á saber: las personas, las palabras, las obras, los padecimientos de Cristo, cómo la divinidad se esconde, qué debo hacer y padecer por quien tanto hizo y padeció por mí.—2. Fijándose en algun trabajo especial ó especial virtud, discurriendo por todos los misterios y ponderando lo que toca á este trabajo ó virtud.—3. Por aplicacion de los sentidos interiores del alma.

Para quitar el fastidio que podria tener nuestra tibieza, meditando siempre una cosa de una misma manera, es bien saber los varios modos que hay de meditar la pasion, demás de los dos que se han puesto, meditándola como beneficio nuestro ó como dolorosa á Cristo. Otros dos muy principales hay, á que se reducen los demás, al modo que en los convites se suele servir en dos maneras: la una poniendo cada plato de por sí, y comido aquel, poner otro; otra poniendo muchos juntos, y tomando de cada uno algun bocado, conforme al gusto ó necesidad del que come. Así en este convite espiritual de los misterios de la pasion hay dos modos de comerlos espiritualmente.

1. El primero y más ordinario, es meditando cada misterio por sí, ponderando en cada uno lo que es digno de ponderacion (1), siguiendo el órden de

(1) Ex lib. S. Ignat. in prim. exerc. hebd. 3.

la historia; conviene á saber: mirar las personas que allí intervienen, así la de Cristo nuestro Señor, como la de su Madre y discípulos, y tambien de sus perseguidores, penetrando las calidades y condiciones de cada una. Item, mirar las palabras que hablan, y tambien las obras que hacen, aprendiendo de las que dice y hace Cristo nuestro Señor, huyendo de las malas que dicen y hacen sus perseguidores. Y finalmente, mirar las cosas que Cristo padece, ponderando cómo la divinidad en cierto modo se escondió, no destruyendo á sus enemigos sino permitiéndoles que atormentasen á la sacratísima humanidad. De donde inferiré lo que es razon haga y padezca yo, por quien tanto hizo y padeció por mí, trabando en razon de esto, coloquios con Dios nuestro Señor, en la forma que luego veremos.

2. El segundo modo de meditar estos misterios es, teniéndolos todos en la memoria, tomar por materia de meditacion algun trabajo especial ó especial virtud de Cristo nuestro Señor, ponderando lo que hay cerca de ella en todos los pasos de la pasion, discurriendo por ellos. Como si quiero meditar la humildad de Cristo nuestro Señor, iré discurriendo y ponderando los actos de humildad que hizo: primero, cuando lavó los piés á los apóstoles; despues los del prendimiento, cuando estaba debajo de los piés de sus enemigos, y así procederé hasta los que ejercitó en la cruz. Y si quiero tomar la carrera de más atrás, puedo discurrir por los actos de humillacion que hizo en el tiempo de su nacimiento, niñez y predicacion, sacando de todos ellos motivos para ejercitar esta virtud enteramente, porque en cada misterio resplandece algo especial que pertenece á su perfeccion. De este mismo modo se

puede meditar la obediencia y caridad ó paciencia del Salvador.

Y de la misma manera se puede tomar por materia de meditacion algun género especial de trabajo, dolor ó deshonra, discurriendo por los misterios de la pasion, ponderando solamente lo que toca á este trabajo, como seria meditar las veces que fué desnudado con grande ignominia, las veces que derramó su preciosa sangre, las estaciones que anduvo en este tiempo, las afrentas en materia de virtud ó en materia de sabiduría que sufrió, procurando con cada cosa de estas compadecerme del Salvador y alentarme á sufrir algo por él en aquella suerte de trabajo. Y otras veces puedo tomar por materia de meditacion el dolor especial que Cristo nuestro Señor padeció en algunos de sus miembros ó sentidos, como seria meditar el dolor de las manos, cuando las ataron en la prision, y despues en la columna, y cuando las clavaron en la cruz, y así en lo demás.

3. A estos dos modos de meditar la pasion se puede añadir el tercero, por aplicacion de los sentidos interiores del alma, cerca de cada misterio. Lo primero, ver con los ojos del alma la figura exterior de Cristo nuestro Señor tan lastimosa, y la interior de su alma, por una parte tan bella y por otra tan afligida, admirándome y compadeciéndome de que el resplandor de la gloria del Padre y figura de su sustancia (1), esté por mis pecados tan desfigurado. Lo segundo, oir interiormente, y sentir las palabras tan blandas y amorosas de este Señor, los clamores contra él tan ásperos y furiosos de sus enemigos, el ruido de las bofetadas,

(1) Hebr. I, 3.

de los golpes, de los azotes y martilladas, sintiendo en mi corazon lo que Cristo sentiria en el suyo. Lo tercero, oler con el olfato interior, así la hediondez de los pecados que causaron la muerte de este sumo Sacerdote, como la suavidad del sacrificio que ofreció por ellos y de las virtudes que ejercitó en esta oblacion tan devota de su pasion, ponderando cómo se aplacó con ella la ira del Eterno Padre, poniéndonos por señal de reconciliacion, no el arco que se hace en las nubes (1) sino á su Hijo, extendido como arco en la cruz, lloviendo sangre por nosotros. Lo cuarto, gustar las amarguras y hieles de Cristo nuestro Señor, amargándome y entristeciéndome con ellas, como si corporalmente las gustara. Y gustar tambien la dulzura del amor con que las padecia, y la que Dios comunica á los que padecen por su causa con amor, admirándome de ver unida tanta dulzura con tanta amargura. Lo quinto, tocar con el tacto del alma los terribles instrumentos de la pasion de Cristo, el rigor y asperezas de las sogas, azotes, espinas, cruz y clávos, sintiendo en mi espíritu lo que el Señor sentiria en su cuerpo, y ejercitando los afectos que suelen brotar de tales sentimientos. La práctica de este modo de orar se pondrá en los misterios del huerto, y la de esotros dos modos, se verá en la meditacion que se sigue, que es fundamento y preámbulo para las demás.

(1) Gen. IX, 13.